

LUZ, *muy triste*.—Lo de siempre, Marcelo; sólo que esta vez estuvo tan brusco conmigo... conmigo!

MARCELO, *inquieto*.—Acaso...

LUZ.—No llegó a tanto... Sólo me empujó con violencia. No pude dominarme y lloré... Algunos amigos me apartaron de allí.

MARCELO.—Es odioso. La cosa fué más grave de lo que creía.

LUZ, *resignada*.—Es mi sino. Había tomado él más de lo conveniente y empezó a exhibirse en la mesa. Después, cuando nos levantamos, yo, aparte, donde juzgué que nadie nos oía, le hablé... Traté de convencerlo de que nos fuéramos a casa. Y ya vez como descargó su cólera contra mí... Mañana talvez me flajele .. Estoy resignada: es mi suerte.

MARCELO.—No, eso nunca! Tú tienes derecho a ser feliz, o por lo menos a vivir tranquila, a vivir en paz.

LUZ.—Puede ser... Mas no olvides que de todo esto soy la única culpable.

MARCELO.—No es cierto. A tí se te engañó miserablemente. Jamás he querido comentar contigo estas cosas; pero fué la villanía de Alfredo lo que te hizo desgraciada... Desgraciada no; digo mal: lo que tú con tu carácter has hecho que sea el fracaso de tu vida.

LUZ.—No te contradigo; quizá tengas razón, yo soy la más responsable, no tanto por mi caída, como por mi dolorosa resignación para lo que han querido hacer de mí.

MARCELO.—Comprendo por qué fuiste burlada. Lo de siempre: el petimetre que sorprende la ingenuidad de una colegiala; pero lo que nunca he podido explicarme porque entonces estaba fuera del país, es la leyenda de tu matrimonio. Cómo te uniste a un hombre a quién no amabas?

LUZ.—Mi caso no es tan raro; y, además, soy tan dócil, tan débil... Mejor no hablemos de estas tristezas.

MARCELO.—Alfredo se marchó al extranjero. La familia le premió la hazaña con una temporada en París... en tanto que tú...

LUZ.—En tanto que yo, bajo la coacción de los míos, tuve que casarme con Nicolás, un empleado del almacén de papá, que en paz descansa... Se pusieron en juego todas las intrigas imaginables... Nicolás parecía enamorado de mí; no me quitaba los ojos cuando yo iba al almacén... Hasta le hicie-

ron creer que yo, la hija de su jefe, me había enamorado de él, como la heroína de no sé qué opereta.

En la calle comenzaba a susurrarse algo... en fin, me casé, porque sí...! me casé...!

MARCELO.—Con qué estoica y dolorosa resignación aceptas tu sacrificio! Según tus creencias, un matrimonio infeliz es algo así como un calabozo del cual se ha perdido la llave... La felicidad es un derecho, no una concesión; reclama tu la parte de alegría que te corresponde en la vida.

LUZ.—Sí, en verdad, tenemos derecho por lo menos, a estar tranquilos.

MARCELO.—Pues entonces no repares en medios y busca la tranquilidad!...

LUZ.—Marcelo, me das miedo...

ESCENA VII.

Dichos, ROBERTO, BLANCA, FERNANDO, GRACIELA, LUIS, ANGELA, DOÑA ENCARNACIÓN y varias damas y caballeros.

Vienen del salón y penetran en el gabinete alegremente.

ROBERTO, *acercándose a Luz y a Marcelo*.—Venimos tras usted, Luz; nos es indispensable para representar una charada que acaba de pedirme doña Encarnación.

GRACIELA.—Roberto, cuidado! el otro día inventó usted una... las mujeres no pudimos saber lo que era... y después ustedes los hombres se estaban riendo solos.

DOÑA ENC., *a Marcelo*.—Jesús! Marcelo, todavía no nos habíamos visto. Usted consecuente con su mala costumbre de hacerse desear, llega siempre de los últimos.

MARCELO.—Excúseme usted, señora, tenía algo urgente que hacer en la calle.

DOÑA ENC.—Ya se ve, como que es usted uno de los hombres del día.

MARCELO.—No tanto, señora.

DOÑA ENC., *volviéndose a todos*.—Es original, originalísimo lo que sucedía! El padre era Ministro, y el hijo escribía en los periódicos de oposición! El caso parece inverosímil... Pero, Marcelo, tenga la fineza de explicarnos por qué consentía que en *El Heraldo*, en donde colaboraba usted, se atacara a su padre?

MARCELO.—Perdóneme; a mi padre no; al Ministro de Gobernación.

DOÑA ENC.—De tal modo que ha caído.

MARCELO.—Yo no lo siento.